

Marginación gitana

Un viaje entre gitanos

Emmanuel Guibert, Alain Keler
y Frédéric Lemerrier
Sins Entido. Madrid, 2012
95 páginas. 19 euros

Por Guillermo Altaras

CÓMIC. DESPUÉS DE PASAR años recorriendo las comunidades gitanas europeas, la mayor minoría del continente, el fotógrafo Alain Keler llegó a una conclusión, con unas palabras que tomó prestadas de una historiadora: "Los gitanos son el primer cerrojo democrático que salta". Las muestras de racismo son la primera advertencia de que algo va mal en nuestras sociedades. "Al maltratar a los gita-



Una de las viñetas del libro *Un viaje entre gitanos*.

nos, nos maltratamos a nosotros mismos y nos encaminamos colectivamente por el mal camino", escribe este veterano reportero francés que, el pasado invierno, asegura haber vivido en Hungría "momentos cercanos al pogromo" contra comunidades gitanas, mientras que, recuerda, en Francia los desalojos de campamentos comenzaron con el presidente conservador Nicolas Sarkozy, pero han continuado con el socialista François Hollande. El recorrido de Keler por ese malestar arranca en 1999, después de la guerra de Kosovo, cuando vio cómo los romaníes fueron víctimas de ataques por parte de los nuevos amos del territorio, los albaneses, que les acusaban de haber ayudado a los serbios durante la guerra: la imagen de hombres armados con antorchas lanzándose a la caza del más débil, del cabeza de turco de turno, no es, por desgracia, ajena a Europa, más bien todo lo contrario. Este periplo por alguna de las comunidades gitanas más abandonadas de Europa ha quedado reflejado en un libro a medio camino entre el reportaje fotográfico y el tebeo, *Un viaje entre gitanos* (Sins Entido), que Keler ha realizado junto a Emmanuel Guibert (guion y dibujos) y Frédéric Lemerrier (color y maquetación).

Guibert utiliza la misma técnica que en *El fotógrafo* (Sins Entido), uno de los cómics que más impacto e influencia han tenido en los últimos años, en el que relata el viaje de un reportero gráfico a Afganistán para colaborar con Médicos sin Fronteras durante la guerra contra los soviéticos. "Me dicen siempre que hago periodismo en forma de tebeo, pe-

ro no es así, hago biografías de mis amigos", explica Guibert en conversación telefónica desde París. Didier Lefèvre era el protagonista de *El fotógrafo* y la temprana muerte de este reportero unió a Guibert y a Alain Keler, viejo amigo de Lefèvre. Entonces Guibert recibió una oferta del magazín francés *XXI*, para publicar básicamente lo que quisiese. Esta revista trimestral, que se vende solo en librerías y que tira 50.000 ejemplares, ha apostado desde su nacimiento por el tebeo como forma de narración periodística. Lo que era una idea muy innovadora se ha convertido, gracias a autores como Joe Sacco, en un género periodístico totalmente consolidado. Es verdad que, en el caso de Guibert, el dibujante no es el protagonista de la historia, sino que pone el foco en el periodista. Y encontró en los viajes de Keler por los campamentos gitanos el nuevo tema que necesitaba.

"Es obsesivamente preciso", explica el reportero sobre la manera en que colaboraron: mantuvieron largas entrevistas, que luego permitieron a Guibert dibujar, con su plácida línea clara, los momentos que rodearon la toma de las fotos, el contexto, desde los escenarios hasta los personajes que no aparecen ante la lente. El efecto de la combinación entre tebeo y fotografía es muy eficaz y estéticamente fabuloso. Además de mostrar las fotografías, el libro responde a muchas preguntas sobre la labor de un periodista sobre el terreno.

El libro arranca en el último episodio de la larga y sangrienta destrucción de Yugoslavia, con Lefèvre y Keler recorriendo junto a las tropas internacionales un

campamento de gitanos que acaba de ser incendiado, poco después de la salida de las tropas de Milosevic, y continúa en Serbia, República Checa, Italia, Eslovaquia y Francia. Los escenarios son siempre parecidos: marginación, acoso policial, paro, chabolas, campamentos situados junto a vías de tren, bajo puentes de autopista, con la amenaza permanente de la expulsión o de algo más. No es fácil llegar a esas comunidades: requiere mucho tiempo hasta ganar la confianza de alguien que sirve como introductor. Keler lamenta la falta de presupuesto, que casi nadie esté dispuesto a subvencionar un trabajo de fondo que requiere no meses, sino años de investigación.

Antes de centrarse en los romaníes, Keler había pasado décadas fotografiando a las diferentes minorías de Europa central y oriental, desde los griegos de Albania hasta los tártaros de Crimea. Y conoce muy de cerca hasta dónde puede llegar la locura racista cuando se desata: sus abuelos fueron asesinados en el campo de exterminio nazi de Auschwitz. "En los periodos de crisis, siempre se ataca a los elementos más débiles y los gitanos son los más débiles entre los débiles. Después de lo que ocurrió en el Holocausto, no creo que vuelva a repetirse un exterminio sistemático similar, pero sí una estigmatización, la creación de cabezas de turco y, desde luego, episodios de violencia", señala Keler.

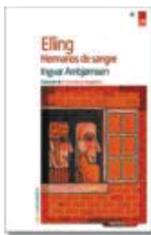
En estos tiempos en que los cerrojos democráticos están más débiles que nunca, *Un viaje entre gitanos* es un libro importante, ética y estéticamente. ●



Me desee felices sueños

Massimo Gramellini
Traducción de Teresa Clavel
Destino. Barcelona, 2012
208 páginas. 16,50 euros (electrónico: 11,99)

NARRATIVA. LO CURIOSO de este libro (me refiero al texto) es que no es lo que parece, aunque en el revestimiento material la editorial ha cedido a la unánime emoción barata, en busca de mayor rentabilidad. Pero no es un libro sentimentaloido, como proponen el título almidonado y la abrumadoramente cursi portada de niño con globito. Hay algo, sin duda, empalagoso en las primeras páginas y en las últimas, donde el autor se deja estremecer por la revelación de un secreto familiar que le concernía directamente: la verdadera causa de la muerte de su madre cuando tenía nueve años. No es este el lugar para descubrir ese secreto, aunque se trata del basamento que sostiene esta suerte de memorias caleidoscópicas. El interés de su lectura radica en su humorismo, en la hábil y afilada concisión del periodista Massimo Gramellini (Turín, 1960) para contar airosamente una biografía común que, con mirada compasiva, se las apaña para generar una indudable empatía tanto en el lector más flemático como en el más dispuesto a la efusión sentimental. Su capacidad para expresar con exactitud un buen repertorio de frases de calendario para animar el día resulta proverbial, pero hay que reconocer que eso no le exime de parodiarse a sí mismo, siempre con un suave sarcasmo —para no desalentar a los lectores, supongo— que revierte en un texto que, voluntariamente amable, no prescinde de la sentimentalidad de raíz popular, con una estética proveniente del neorealismo, aunque aquí menos dramática y algo estilizada. La tendencia editorial (comercial) a subrayar, entre las diversas opciones literarias, lo más superficial de las emociones, en especial de dramas familiares, ha colocado este libro en una zona que desvirtúa su mérito literario más significativo: el reconocimiento del personaje que interpreta nuestra biografía. Gramellini ha sabido verse a sí mismo y se ha construido con la orfandad que declara que toda biografía es dudosa. **Francisco Solano**



Elling. Hermanos de sangre

Ingvar Ambjörnson
Traducción de Cristina Gómez-Baggethun
Nórdica. Madrid, 2012
265 páginas. 19,50 páginas

NARRATIVA. EL NARRADOR de esta novela ambientada en Oslo, Elling, es un hombre inadaptado que vive con un compañero en un piso tutelado. Tras haber sido internados en el psiquiátrico, los servicios sociales pretenden que se normalicen, pero se sienten inseguros, y no desean salir de casa ni ver a nadie. Frank, el tutor, los visita con regularidad y les azuza a que se muevan, que conozcan gente. Ambos tienen sus manías y fobias, sus pequeñas batallas domésticas, sus fantasías, su necesidad de amor. Poco a poco, el mundo va entrando en sus vidas. Elling registra ese proceso no exento de do-

lor, pues Kjell se enamora de una vecina y hace peligrar su estable hermandad. A partir de ese momento la novela coge vuelo y el narrador, hasta entonces algo envarado y previsible, pero con sentido del humor, se convierte en un logrado personaje que ilustra la dificultad de la relación social y el misterio insondable de "lo normal". "Durante toda mi vida mi único deseo había sido que me dejaran tranquilo", declara Elling, que sostiene "largos monólogos delante del espejo". Esos monólogos paranoicos, cargados de obsesiones y escenas inventadas, a veces desternillantes, han sido siempre su única realidad. Pero la vida práctica es por suerte una máquina de ficciones. Cuando Elling, convertido en un poeta clandestino, se ve obligado por su terapeuta a confesar a Kjell la falsedad de las hazañas sexuales que le ha contado durante meses, este le responde que le da igual, que se las cuente de nuevo. Porque es la narración misma que le intereso y hace verosímiles sus historias, no si sucedieron de verdad. El noruego Ingvar Ambjörnson (Født, 1956) consigue con esta obra, llevada al cine y al teatro (en España *Elling* y *Jarne*), conmover a lector con un alegato divertido, lúcido y tierno, en favor de la amistad y la diferencia. **José Luis de Juan**



El cóndor y las vacas. Diario de un viaje por Sudamérica

Christopher Isherwood
Traducción de Andrés Barba
Sexto Piso. Barcelona, 2012
286 páginas. 23 euros

NARRATIVA. CINCO AÑOS antes de que el futuro Che Guevara y su amigo Alberto Granado recorrieran casi la misma ruta en moto y con dos décadas de adelanto al viaje patagónico de Bruce Chatwin, Christopher Isherwood se embarca durante seis meses por Sudamérica. Todavía hoy se aprecia como un viaje memorable, ya sea por la época, 1947, un período convulso ("se está pudriendo la base entera de la organización social"), o por su momento de madurez creadora. Que este relato de viajes haya permanecido durmiendo el sueño de los justos oculta su condición de clásico contemporáneo del género y su valor seminal sobre los testimonios que vendrían después centrados en el sur del continente. Isherwood, que tenía 43 años, llevaba casi dos décadas *trotamundando* y ya era el autor de *En la frontera*, *El monumento*, *El perro bajo la piel* y *Adiós a Berlín* (que inspira *Cabaret*), ciudad en la que vivió hasta los albores del nazismo y al que aplica la finura y perspicacia que luego esparce en su periplo sudamericano. La intención al comenzar este viaje, que realiza con su pareja, el fotógrafo William Caskey, es la de publicar artículos y reportajes para *Horizon*, *Vogue* o *Zero*. Después hilará las anotaciones de su diario en este relato que va creciendo en espesura y sutileza a medida que avanza el viaje hasta impregnarse de aquellas corrientes subterráneas que están construyendo un futuro que pinta bien crispado: "Mi impresión más honda", escribe al final, "es que hemos estado viajando por un imperio en la etapa de su disolución. Las nuevas repúblicas no son todavía verdaderamente libres ni auténticamente integradas. Todavía no han llegado a ser naciones". Feroz con la huella colonial española, clarividente con la ambición de su poder militar, "pelean como barones feudales" y ambivalente con la proyección de poder desde Estados Unidos, Isherwood contempla pesimista un futuro inmediato que percibe aterrador: "Decenios de perturbaciones. Regímenes militares, violencia permanente interrumpida sólo por pausas de agotamiento...". Y así fue. **Pilar Rubio Remiro**